

Juan Luis Panero

POESÍA COMPLETA
(1968-1996)

TUSQUETS
EDITORES

ÍNDICE

A TRAVÉS DEL TIEMPO

- I. El bosque del ayer, *13*
- II. Los seres y los hechos, *23*
- III. Escrito en Londres, *47*

LOS TRUCOS DE LA MUERTE

- I. Bulevar del amor y del odio, *69*
- II. Memorial de la muerte, *91*
 - Epitafios suicidas, *92*
 - Ceniza de los sueños, *104*

DESAPARICIONES Y FRACASOS

- I. Ciudades y sombras, *117*
- II. Desapariciones memorables, *145*
 - III. Los viajes en tren, *169*
- IV. Testamento del náufrago, *179*

ANTES QUE LLEGUE LA NOCHE

- I. Las pasiones perdidas, 197
- II. Una música, un rumor y un símbolo, 207
- III. Todavía la vida, 217
- IV. Tres testigos, 231
- V. Imágenes rotas, 237

GALERÍA DE FANTASMAS

- I. Rostros de la poesía, 257
- II. Los días repetidos, 273
- III. Testigos de derrotas, 287
- IV. Encuentros en la sombra, 295

LOS VIAJES SIN FIN

- I. La nada y sus espejos, 311
- II. La vejez del navegante, 327
- III. Aclaraciones y malentendidos, 333

APÉNDICES

- Aviso al lector, 349
- Primeras ediciones de los libros, 351
- Índice de poemas, 353

I
EL BOSQUE DEL AYER

Busco los días claros del pasado otra vez... Pero sólo encuentro la monotonía de las interminables avenidas lluviosas.

F. SCOTT FITZGERALD

MEMORIA DE LA CARNE

Por la noche, con la luz apagada,
miraba a través de los cristales,
entre los conocidos huecos de la persiana.
Como un rito o una extraña costumbre
la escena se repetía, día tras día,
igual siempre a sí misma.
Frente a frente su ventana,
la veía aparecer y bajo la tenue claridad de la luz,
lentamente, irse haciendo desnuda.
Sus ropas caían sobre la silla,
primero grandes, luego más pequeñas,
hasta llegar al ocre color de su cuerpo.
Andando o sentada, sus movimientos tenían
la inútil inocencia del que no se cree observado
y la imprevista ternura del cansancio.
Cuando todo volvía a la oscuridad,
los apresurados golpes del corazón
se aquietaban con una sosegada plenitud.
De quien así, ocultamente deseé,
nunca supe su nombre

y el romper de su risa es aún el vacío.
Sin embargo allí, en la perdida frontera de los catorce años,
por encima del Latín imposible
y de los misteriosos números de la Química,
el temblor detenido de mis manos,
la turbia fijeza de mis ojos sobre ella, permanecen,
dando fe de aquel tiempo, memoria de la carne.

CUENTO DE NAVIDAD

Ahora podría con estas mismas manos,
como en aquellos días del invierno,
colocar las sillas, las viejas cajas de cartón
y, sirviendo de frente, la larga, oscura mesa.
Sobre ella, los papeles, al principio lisos y estirados,
después cayendo en apresurados bloques.
Los montones de musgo aún húmedos,
las montañas de corcho, la nieve de algodón.
Allí estaría el pastor, con el peso de su oveja en los brazos
y el leñador cargado de madera y costumbre.
En la fingida altura, el castillo de Herodes se alzaría
entre lanzas de alambre y sangre de niños.
Junto al viejo portal, la mula, con la rota cabeza
pegada de nuevo, reclinaría mansamente su cansancio
y desde Oriente, bajo la deslucida estrella de plata,
los tres reyes vendrían, cabalgando en dorados camellos.
Extraño juego, inútil, muchos años repetido.
Levantada arquitectura de niñez y sueños
que tercamente vuelve a los ojos esta noche,

mientras la nieve verdadera de diciembre resbala por los
cristales,
y hasta mí llega un olor lejano de musgo,
el rumor de un río hecho de espejos rotos.

ERA LA NOCHE EN ROMA

Era la noche en Roma
y la brisa traía aroma de humedad
desde el Tíber cercano.
La calma, sólo perturbada
por el golpear de unos pasos lejanos,
flotaba, casi majestuosa,
entre los árboles de Semana Santa.
Viajero desde una extraña geografía,
en su quietud sentías crecer la vida,
junto al pasar del agua,
frente a la dura eternidad de la piedra.
De pronto, el chirriar de un tranvía
que se detiene, cercana la parada.
Voces confusas, fatigados rostros
bajo la claridad de la luz.
Arriba, tras los cristales,
mientras se va alejando y sin retorno,
dejas perderse la mirada
sobre el lugar abandonado.
Hoy, tus ojos vuelven,

otra vez, hacia la misma noche.
Como un ciego palpando
la certidumbre de sus límites,
buscan el rumor de la orilla,
el leve rozar del aire.
Abril de Roma, hacia el recuerdo
de ese tiempo, entonces tuyo,
ya materia de sueños.